

E L
VAQUERO
EN TI

UN MANUAL DE SUPERVIVENCIA



GREG KEOUGH

CONDECORADO CON LA
ESTRELLA DE INTELIGENCIA
DE LA CIA

POR HEROÍSMO EXTRAORDINARIO

EL VAQUERO EN TI

EL
VAQUERO
EN TI

UN MANUAL DE SUPERVIVENCIA

GREGORY KEOUGH

Condecorado con la Estrella de Inteligencia de la CIA
por Heroísmo Extraordinario

KEOUGH HOUSE

© 2025 Gregory Keough

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse
de ninguna forma sin el permiso por escrito del autor.

Este libro refleja las experiencias y opiniones personales del autor.

Primera edición

KEOUGH HOUSE

www.ElVaqueroEnTi.com

A M I F A M I L I A

A mi esposa, a mis hijos y a mis seres queridos.

Han marcado mi corazón y mi alma
desde el primer instante.

Vivan bien. Siempre caminaré con ustedes.
En cada paso del camino.

P A P Á

*“He recibido la Estrella de Inteligencia en Langley,
y he sido reducido a un número en una celda federal.”*

Este no es un libro de autoayuda.
Es un manual de supervivencia, escrito en los márgenes
de una vida vivida en los extremos.

Para mis hijos. Y para cualquiera
que se niegue a ser moldeado por el miedo.

*“No te vuelves irrompible para impresionar al mundo.
Te vuelves irrompible para sobrevivirlo.”*

ÍNDICE

Antes del Prólogo	1
Prólogo	4
Cómo Llegamos Aquí	7
Los Vaqueros Que Me Criaron	11
Lección #1: Vas a Morir	19
Lección #2: Más Vaqueros... Menos Burócratas	23
El Molino	28
Lección #3: Vuélvete Irrompible	34
La Casa de Muñecas	37
Lección #4: Cimiento en Dios y la Verdad	41
Lección #5: Las Cosas No Son Complicadas	44

Lección #6: Emprendimiento, Negocios, Dinero y Carrera	47
Lección #7: Matrimonio, Familia/Hijos y Comunidad	50
Lección #8: Nunca Sabes Qué Va a Pasar	53
El Coronel	57
Lección #9: No lo Digas, Demuéstralo	62
La Salida	65
Lección #10: Disfruta la Cabalgata... Vive con Alegría	70
La Selva y la Alegría	74
El Futuro Es Tuyo para Cabalgar	77
Últimas Palabras	80
El Vaquero Silencioso	82
De Vuelta a la Frontera	89
Sobre el Autor	92

El tipo de la celda de al lado se cagó en la cama de su compañero.

Su compañero era un hombre negro callado que no se metía con nadie. El blanco perdió la cabeza.

La celda estalló.

Pero déjame contarte cómo llegué aquí.

Temprano en la mañana. Estaba en la puerta de casa despidiéndome de mi esposa y mis hijos.

Sabíamos que esto podía ser un problema.

Mi esposa lo sabía. Los niños tenían alguna idea. Nuestros abogados nos decían que era poco probable, por muchas razones.

Recuerdo que pensé: si esto sale mal, cambia nuestras vidas para siempre.

Mi esposa me dio un fuerte abrazo. Un beso. Y una cruz en la frente, como es tradición en nuestra casa.

Y me fui.

El vuelo era a las 7 de la mañana, de San Salvador a Miami. Sin novedad.

Cuando aterrizamos en Miami, supe que podía haber un problema.

Primera señal: veíamos la puerta de embarque, pero el avión entero se quedó parado más de quince minutos. El piloto anunció por el alta-

voz que teníamos que esperar ahí unos minutos, que nos lo había pedido la puerta.

Yo veía la puerta. No había ningún avión ahí.

Ese fue el momento en que lo supe.

Le escribí a mi esposa. Creo que me van a arrestar. Puede que no sepas de mí. Llama a los abogados si no vuelvo a llamar en treinta minutos.

Esperamos. Pareció muchísimo tiempo. Probablemente quince minutos.

Entonces avanzamos hasta la puerta.

Yo iba sentado adelante. Uno de los primeros en bajar.

Al salir, un hombre y una mujer se acercaron con paso rápido.

Sr. Keough, somos del FBI. Está detenido.

El hombre me preguntó si tenía equipaje. Dije que no. Me pidió el teléfono.

Luego dijo: déjeme ver sus manos.

Le dije: ¿de verdad tenemos que hacer esto?

Dijo: por sus antecedentes, por su seguridad y la nuestra, debemos hacerlo.

Así empezó la cabalgata.

La primera audiencia llegó rápido. Habría muchas más.

Sujeción completa. Pies encadenados. Una cadena alrededor de la cintura con esposas. Ropa de prisión. Transportado en un autobús con los demás.

Cuando entré a la sala del tribunal, arrastrando los pies, haciendo sonar las cadenas, rodeado de guardias, vi la cara de mi cuñado.

Estaba traumatizado.

Nunca me había visto así. Nunca imaginó que lo haría.

Soltó una lágrima.

Le hice un gesto con la cabeza. Todo va a estar bien.

Todavía habla de eso hasta el día de hoy. Sigue devastado.

Toda mi vida había defendido este sistema. Ahora estaba en sus entrañas.

PRÓLOGO

“No estás loco... estás despierto.”

GREG KEOUGH

Tengo 58 años y he vivido una vida de extremos.

Desde quinto grado he trabajado, y nunca he parado.

He trabajado en inteligencia, en los negocios, en ranchos, en salas de juntas. He construido empresas y las he visto derrumbarse. He sido esposo durante 30 años, padre de cinco. Sí, todo con la misma mujer.

También he sido prisionero federal del gobierno de los Estados Unidos.

Me condecoraron con la Estrella de Inteligencia, la condecoración de la CIA por heroísmo extraordinario. Un amigo murió en el rescate que la motivó, y él tiene una estrella en el Muro Conmemorativo de Langley. Soy uno de los pocos que la recibió en vida.

He estado tan quebrado que no podía pagar vivienda ni comida para mi familia. Como mis hijas todavía me recuerdan, hasta tuve que vender su casa de muñecas.

Aprendes más durmiendo en el concreto que en un aula.

Nunca planeé escribir esto.

Pero mis hijos dijeron que debía hacerlo.

Así que esto es para ellos, y para ti.

Algunas de estas historias las cuento completas. Otras solo las esbozo, no porque estén inconclusas, sino porque algunas cosas están hechas para contarse en persona, cara a cara, voz a voz. Si quieres el resto, ven a buscarme.

Este libro no es para todos. Es para los que sienten que algo anda mal y no saben qué hacer al respecto.

Este no es un libro escrito para dar consuelo. Está escrito porque la ventana se está cerrando.

Los sistemas no fallan de golpe. Se vacían por dentro en silencio. Las familias lo notan de últimas. Los hombres lo notan demasiado tarde.

Si estás leyendo esto, vas temprano, no eres especial. Temprano igual significa responsable.

Algo de lo que sigue te resultará familiar. Algo te incomodará.

Esa incomodidad es la advertencia.

Empecemos.

CÓMO LLEGAMOS AQUÍ

“Hiciste un mal trato: libertad a cambio de la promesa de seguridad y comodidad.”

GREG KEOUGH

Creo que tuve la suerte de crecer durante una “Época Dorada” de los Estados Unidos. Desde los años 80 hasta principios de los 2000.

Verdadera libertad. Crecimiento económico. Movilidad social. Familias fuertes. Una sensación general de estabilidad y optimismo.

Pero algo cambió.

En los últimos 20 años, el giro ha sido dramático.

Y si hoy tienes menos de 25, no creo que te hayan preparado para lo que viene.

Este libro es mi manera de ayudarte a prepararte.

Mi abuelo trabajó como electricista de líneas, mi abuela era enfermera. Estaban orgullosos de ser dueños de una casa. Incluso después de la Gran Depresión. Mi papá trabajaba en un banco.

Mi mamá, cuyo apellido de soltera era Hennigan, era maestra.

Mi padre sirvió en la Marina durante la Guerra de Corea. Mi tío fue uno de los primeros Navy SEALs y fue herido en combate en Vietnam.

Yo era el segundo de cuatro hermanos. Sí, peleábamos. Mucho. Mi pobre madre. No teníamos mucho.

Pero teníamos estructura. Disciplina. Propósito.

Teníamos una realidad compartida. Cada mañana sonaba el himno en la tele y se nombraba a los caídos en Vietnam. A medianoche, los canales se apagaban en estática.

Éramos católicos. Misa el domingo. Catecismo el miércoles. Estudio bíblico los fines de semana.

En ese entonces no me daba cuenta, pero ese cimiento espiritual lo era todo. Me ha pagado dividendos toda la vida.

Y a ti también te los pagará. Verás este hilo de nuevo en capítulos posteriores.

No había computadoras personales. Ni celulares. Ni internet. Si no estábamos trabajando, estábamos afuera.

Cultivábamos nuestra propia comida, cortábamos leña y vivíamos como niños del campo.

Mi mamá tocaba una campana para llamarnos de vuelta. Cargábamos rifles de balines, luego calibres .22.

Cazábamos, pescábamos y nos metíamos en líos. Pero cuando lo hacíamos, las autoridades tenían los pies en la tierra. Compartían nuestros valores.

Todos decían el Juramento a la Bandera. Todos amaban este país.

Nuestros vecinos arreglaban autos, vaciaban concreto, manejaban el cine. Trabajo de verdad. Gente honesta. Algunos tenían autos chatarra en el jardín. Pero todos aportaban.

Republicanos y demócratas estaban de acuerdo en lo grande: Trabaja duro. Defiende al país. Mantén al gobierno pequeño.

No malgastes el dinero del contribuyente. Cómo han cambiado las cosas.

La gente era religiosa. Creían en el deber. El honor. El patriotismo. Y lo más importante, la libertad.

Si tienes mi edad, sabes que algo anda mal. Si eres más joven, lo sientes.

Sientes un vacío, una oquedad. Como si te hubieran robado algo. Y así es.

Te la pasas en TikTok e Instagram buscando sentido. Pero nunca te sientes pleno. Eso no es un accidente.

Has sido el blanco de algo que reconozco, porque vi cómo funcionaban estos programas. De cerca. Como oficial de operaciones encubiertas de la CIA.

Esto es real. Es global. Es por diseño.

• • •

LOS VAQUEROS QUE ME CRIARON

• • •

Dicen: “Muéstrame con quién pasas el tiempo, y te mostraré en quién te conviertes.”

Pues bien, tuve suerte. Dios puso vaqueros en mi camino desde el principio.

En aquel entonces no los llamaba así. No tenía este marco, esta idea, “el vaquero que llevas dentro”.

Pero eran vaqueros de todas formas. Cada uno distinto. Cada uno esencial. Cada uno dejó su marca.

Y gracias a Dios por eso.

Cuando yo crecía, la mayoría de los estadounidenses todavía se inclinaban hacia el vaquero. Eran los 60, 70, 80. Los hombres eran duros porque la vida era dura.

Mi familia eran inmigrantes irlandeses. La mayoría de los primos se quedaron en la ciudad, pero mi padre eligió otra cosa.

Nos mudó a un pueblo pequeño con tierra. Amaba el campo. Tal vez lo necesitaba.

Era duro. Probablemente demasiado duro. Pero era todo lo que conocía.

Una noche, mucho más adelante en la vida, cené con mi tío, el mejor amigo de mi papá desde que eran niños.

Me miró, un momento callado, y dijo:

“Tu padre tuvo una crianza muy dura.”

No lo explicó. No hacía falta. Simplemente quedó ahí, en el aire.

Con eso bastaba.

Mi papá nunca tuvo una cama de niño. Dormía en el piso de un pequeño apartamento en Nueva York.

Somos irlandeses, no hablamos de nuestros problemas. Solo aguantamos. Sin terapia, sin buscar adentro. Para eso está la Guinness.

Pero el dolor igual encuentra cómo entrar. Deja un rastro. A veces en el silencio. A veces en el acero.

Por suerte, mis mentores no se quedaron en mi padre.

Estaba el tío John: Navy SEAL, veterano de combate.

Nunca olvidaré cuando desapareció después de que le dispararan en la selva. Durante meses no teníamos idea de si estaba vivo.

Mi madre estaba desesperada. Todavía puedo ver el estrés en sus ojos.

Entonces, un día, llegó una foto. El tío John, vivo, herido, en una cama de hospital, sonriendo.

Un vaquero americano.

Luego estaba el tío Tom. El tipo más carismático del lugar. Lo encendía todo... energía, ideas, esperanza, visión.

Uno de los ejecutivos más jóvenes de Wall Street. Fundó su propia firma. La hizo en grande.

Luego le llegaron tiempos difíciles. La botella le ganó.

Pero fue vaquero hasta el final.

Imperfecto, pero inolvidable.

Estos hombres no eran perfectos, pero cada uno cargaba al menos un rasgo de vaquero. A menudo más.

Y no solo los míos.

Nuestros padres crecieron a la sombra de la Gran Generación, hombres que sobrevivieron la Depresión y pelearon en la Segunda Guerra Mundial. No explicaban el temple. Lo encarnaban.

Construyeron el país que hoy damos por sentado.

A medida que crecí, Dios siguió poniendo vaqueros en mi camino.

Cuando entré a la CIA, uno de los primeros fue Mike.

Marine. Veterano de Vietnam. Duro como el acero. Inspirador.

No era de esos líderes que te dejan en la banca. Te lanzaba al fuego, no de forma imprudente, sino con fe.

Confiaba en los jóvenes. Nos daba responsabilidad temprano.

Ese tipo de liderazgo es raro.

Después del entrenamiento, me llamó.

“El Salvador”, dijo.

Iba para allá como Subjefe de Estación.

¿Me apuntaba?

Claro que sí.

Steve, el Jefe de Estación, era una leyenda, un veterano de Vietnam que había comandado tribus montañosas en la selva, entrenándolas para pelear contra el Viet Cong.

Otro vaquero. De pies a cabeza.

Lo aprendí rápido.

Al principio hubo un incidente. Un rescate que salió mal. No pude salvar a mi compañero. Me destrozó. Todavía lo hace, si soy honesto.

Fui con Steve, sacudido. Me miró y dijo:

“No pienses ni un minuto más en eso. Si lo hicieras, estarías muerto.”

Él ya había estado ahí. Lo sabía. Esa era la tutoría de un vaquero: nada de consentir, solo la verdad.

Otra vez, casi hago que me despidan.

Tenía un trabajo de fachada en la embajada. Mi jefa ahí era una burócrata, clásica. Chocábamos todo el tiempo.

Un día me estaba presionando duro. Ya había tenido suficiente.

Le dije que se fuera al carajo.

Tremendo escándalo. Enorme. Pensé que estaba acabado.

Me llamaron a la oficina de Steve. Entré esperando un regaño.

Me miró. Pausa.

“¿De verdad le dijiste que se fuera al carajo?”

Dije: “Sip.”

Se rio. Fuerte. Todavía puedo ver su cara... lágrimas en los ojos, moviendo la cabeza.

“Lárgate de aquí”, dijo.

Ese era Steve.

Ahora, en retrospectiva, no debí haberlo dicho. Estuve mal. Esa jefa y yo después hasta nos hicimos amigos. Pero ella era burócrata, y yo vaquero. Agua y aceite. La clásica necesidad de vaquero. Y Steve lo sabía.

Reagan había trazado la línea: no íbamos a dejar que el comunismo se quedara con El Salvador.

Sin despliegue masivo de tropas. Solo fuerzas especiales. CIA. Asesores. Gente que sacaba las cosas adelante.

Todos ahí tenían experiencia de Vietnam, menos yo.

Yo era el niño. Pero absorbía todo.

Fue duro. Real. Peligroso. Y fue glorioso.

Pude pararme hombro con hombro con verdaderos vaqueros americanos.

Y me cambió la vida.

Mike al final se retiró e hizo lo que hacen los vaqueros: construyó una nueva vida. Fundó una empresa. Un viñedo. Vivió pleno, vivió libre.

Murió esquiando en el Oeste. Rápido. De repente.

Una leyenda de la que nadie jamás oirá hablar.

Pero yo sí sé. Yo recuerdo. Y lo honro ahora.

Cuando dejé el gobierno, me quedé en América Latina.

Se suponía que iría a México después, la guerra contra el narco se estaba calentando. Pude haber ido. Pude haber terminado muerto.

Pero la vida dio un giro.

Lancé un negocio. Y otra vez, apareció otro vaquero. Tom Pownall. CEO de Martin Marietta. Egresado de la Academia Naval. Peso pesado del Fortune 500.

Conocía mi pasado. Vio potencial.

Yo no tenía dinero. Solo visión.

Me respaldó de todos modos.

La mayoría de los estadounidenses no pondría un pie en El Salvador después de la guerra. Él voló conmigo. Conoció a la gente. Estrechó manos. Construyó confianza. Asumió riesgos.

Fundamos una empresa juntos.

Firmó como aval mi primera hipoteca. Asistió a mi boda.

Nos casamos en una isla llamada Teopán, propiedad de mi suegro. Sigue siendo uno de mis lugares favoritos en la tierra.

El negocio funcionó, pero no lograba escalar.

Tom perdió dinero. Eso lo odié.

Pero nunca se quejó. Nunca pidió nada.

Cuando giré hacia la tecnología, fue el primero en animarme.

Fue un mentor. Un amigo. Un vaquero.

Que Dios lo tenga en su gloria.

Ha habido otros.

Pero del último que te voy a hablar, quizá haya sido el más importante.

Al que llamo el Vaquero Silencioso.

La mayoría de mis mentores eran arrolladores, visibles, vaqueros clásicos. Pero el Vaquero Silencioso vivía en la zona más rara. El punto justo. Ni ruidoso. Ni ostentoso.

Moldeó mi alma más que cualquier hombre que haya conocido.

Lo conocerás más adelante. Y cuando lo hagas, entenderás.

No siempre estuve a la altura de lo que me dieron. Pero nunca lo olvidé.

LECCIÓN #1

VAS A MORIR

“Solo tienes una cabalgata. Que valga la pena.”

GREG KEOUGH

Por tonto que suene, el hecho de que vas a morir es algo en lo que la mayoría de la gente piensa poco o nada.

Esta es la primera y más obvia lección de vida. También es la más ignorada.

Pero cómo enfrentes este hecho cambiará la forma en que vives.

Vas a morir. Déjame decirlo de nuevo:

Tú. Vas. A. Morir.

La mayoría de la gente no vive como si lo creyera.

Es 100% seguro. Una regla definitiva de la experiencia humana.

Y aun así, la mayoría planea sus vacaciones con más cuidado que su vida.

Pasan más tiempo preocupados por su atuendo que por su alma.

Tu vida es un viaje con un destino garantizado: la muerte.

No prepararte para eso es como iniciar un viaje de costa a costa sin mapa, sin equipo y sin idea de a dónde vas.

No tiene ningún sentido. Pero la mayoría vive así.

Antes experimentábamos la muerte más de cerca. Era común, personal. En casi todo el mundo, todavía lo es.

Pero no en Estados Unidos. Aquí, la muerte se ha desinfectado.

La gente muere detrás de cortinas de hospital. Los cuerpos desaparecen. El duelo es privado. La lección se pierde.

Y como no vemos la muerte, no pensamos en ella.

Yo he tenido una experiencia distinta. He estado cerca de la muerte quizá demasiadas veces.

De niño, casi me caigo 30 metros por un precipicio explorando una cascada.

Una raíz de árbol me salvó.

Sobreviví a tiroteos. Incluso uno donde una bala atravesó mi cuaderno sobre la mesa y pasó rozando mi cabeza.

Durante un rescate, un compañero oficial y buen amigo murió.

Nunca olvidaré la mirada en sus ojos mientras moría. Ni el largo viaje en helicóptero de regreso a la base con su cuerpo en el piso. Una experiencia que más tarde me llevó a recibir la Estrella de Inteligencia.

Estuve ahí para recuperar los cuerpos de mi suegro y de otros dos después de que su auto cayera de un transbordador en El Salvador.

Tuvimos que recuperar los cuerpos frente a mis hijos.

He visto cáncer, tiroteos, choques de autos. He visto a gente morir en paz. Y en terror.

Y te puedo decir esto: sí tienes control sobre qué tan preparado estás.

Pero no puedes prepararte sin pensar en ello.

Aceptar la muerte no es morboso. Es liberador.

Porque una vez que aceptas que vas a morir, dejas de perder el tiempo.

Empiezas a vivir.

La fe ayuda con esto. Y hablaremos más de Dios después.

Pero aunque no seas religioso, el poder de recordar la muerte sigue aplicando.

LECCIÓN #2

MÁS VAQUEROS... MENOS BURÓCRATAS

“Cuando los gobiernos se hinchan y las burocracias se vuelven opresivas, solo los valientes pueden mantener viva la libertad.”

GREG KEOUGH

He vivido esta lección desde adentro. Cuando entré a la CIA, mi misión era ser un vaquero, un guerrero por la libertad. Pero para sacar el trabajo adelante, teníamos que pelear una guerra en dos fren-

tes. Uno contra el enemigo en el extranjero. Y otro contra la mentalidad burócrata en nuestro propio cuartel general.

He visto a burócratas de corbata de seda hacer más daño que los enemigos que combatimos afuera. He visto al “sistema” premiar a los que evitan el riesgo y castigar a los que lo asumen.

Estamos en una guerra global de valores: vaqueros contra burócratas.

No puede haber término medio.

Mi misión es criar a mis hijos como vaqueros.

Cuando digo vaquero, no me refiero solo a los vaqueros literales. Aunque están incluidos.

Me refiero a personas que adoptan una visión y una actitud de vaquero ante la vida.

Los vaqueros aman la libertad, asumen riesgos, cumplen su palabra con un apretón de manos, pelean hasta el último aliento por salvar a su familia y su hogar, y no tienen terreno neutral en los asuntos de fondo.

Cuando la ley y los burócratas se equivocan, ellos se plantan.

Por eso los estadounidenses aman a los vaqueros. El alma de nuestra nación está en el vaquero.

Los vaqueros poseen: Visión, Convicción, Valor, Determinación, Optimismo, Aguante, Responsabilidad.

El espíritu del vaquero alguna vez definió a Estados Unidos. Tomar Normandía. Llegar a la luna. Construir el mundo moderno.

Pero aquí está la diferencia. En aquel entonces, tenían algo que nosotros no: un ejército de vaqueros detrás.

Millones de hombres y mujeres que creían en el trabajo duro, la verdad, el sacrificio, la fe, la familia y la libertad. Sin necesidad de que los convencieran ni los consintieran.

Esos valores eran comunes. Hoy son polémicos. Esa es la verdadera crisis.

Déjame ser claro: cuando digo vaquero, no me refiero a hombre.

Me refiero a valiente, enfocado en la misión, defensor de la verdad. Y eso incluye a las mujeres.

A mis dos hijas se los digo seguido: Ustedes son vaqueras. Y lo digo en serio.

La valentía y el temple no tienen género.

Los burócratas odian a los vaqueros. Son vaqueros fracasados. O les faltaron las agallas o se rindieron.

Usan reglas y leyes para controlar a los vaqueros porque no pueden ganar en una pelea justa.

Los burócratas han convertido la ley en arma. Criminalizan la vida cotidiana y la usan para ir tras cualquiera que se salga de la línea.

Lo he vivido en carne propia. El gobierno federal presume una tasa de condena del 99%, a menudo yendo tras casos de cripto y de cuello blanco mientras ignora a los capos de los carteles, a los violentos y a la corrupción de los poderosos.

Los hechos no importan. La verdad no importa. La inocencia no importa. Una vez que estás dentro, la única salida es hasta el final.

Tienes una opción: ser vaquero o burócrata.

Los vaqueros viven con propósito. Saben quiénes son y qué defienden.

Confían en sí mismos, no en el sistema.

Los vaqueros crean su propia seguridad. Apostando por sí mismos.

Los burócratas te quieren dependiente. Los vaqueros te quieren libre.

A la gente le gusta hablar de plantar cara.

La mayoría nunca lo ha hecho.

La resistencia real no es tendencia. No te consigues invitaciones a paneles. Por lo general te cuesta amigos, ingresos, reputación y a veces tu libertad.

A los que de verdad resisten no se les celebra. Se les castiga. Se les despiden en silencio. Se les cierra el banco. Se les etiqueta como problemas. Se les empuja fuera de las instituciones que ayudaron a construir.

Algunos hablaron en público y lo pagaron. La mayoría resistió en privado, negándose a obedecer, negándose a mentir, negándose a entre-

gar su conciencia aun cuando habría sido más fácil.

No verás estatuas para ellos. La historia rara vez premia el valor en tiempo real.

La resistencia es solitaria.

Y aquí está la verdad incómoda: la mayoría no falla porque sea mala. Falla porque tiene miedo. Miedo de quedar aislada. Miedo de ser etiquetada. Miedo de perder lo que ha pasado la vida construyendo.

El sistema entiende esto perfectamente.

Por eso el control moderno no requiere soldados. Solo requiere incentivos y miedo.

Y por eso los que sí resisten, los que de verdad resisten, importan. No porque fueran ruidosos.

Sino porque estaban dispuestos a perder.

El burócrata más peligroso no está en Washington: es la parte de ti que cambia el valor por la comodidad.

El camino del vaquero exige sacrificio, temple y una fe profunda en algo más grande que tú mismo.

Ensilla y monta. O quédate atrás.

• • •

EL MOLINO

• • •

• • •

Cuando estuve en mi primera audiencia, todavía creía que el proceso funcionaba como lo anuncian. Inocente hasta que se pruebe lo contrario. Una búsqueda de hechos. Justicia.

Estaba equivocado.

El argumento del gobierno para detenerme sin fianza era simple: dijeron que yo había huido del país.

Eso era mentira.

Vivíamos en El Salvador. Yo tenía permiso de residencia. Habíamos construido una vida ahí.

Mi abogado envió una carta al Fiscal Federal a cargo del caso declarando que yo regresaría voluntariamente. Está en el expediente. Llamó directamente a la oficina del FBI: "Si quieren venir, vengan. Aquí estamos."

Nunca respondieron.

De lo que me acusaban ya lo había revisado un síndico federal, con un agente del FBI presente.

El síndico declaró bajo juramento: ninguna evidencia de que yo tuviera algo que ver. Ninguna.

Préstamos que yo no llené. Para una empresa que yo ya no dirigía. Por dinero que no recibí. Préstamos que se pagaron por completo.

Mi fianza se fijó en 3 millones de dólares. Mi abogado dijo que era una de las más altas que había visto en ese tribunal.

¿El tipo que de verdad presentó los préstamos? Mismo caso. 150,000 dólares.

Me seguía preguntando si se me escapaba algo. Algún error mío que no estaba viendo.

Ahí fue cuando entendí en qué estaba metido.

El molino.

Una máquina que hace una sola cosa. Te ablanda. Te escupe.

Una vez que estás dentro, la única salida es por el otro lado.

Hasta los Marshals de EE. UU. sabían que yo no debía estar ahí.

Preguntaban: “Sr. Keough, ¿hoy es el día?”

Yo respondía: “Solo el Buen Dios lo sabe.”

Mi abogado me dijo que estaban furiosos. Sin redada de un SWAT de 20 hombres. Sin escena. Como vivíamos en El Salvador, yo no estuve ahí para darles su momento.

Así que usaron mis antecedentes en mi contra. Me llamaron riesgo de fuga.

Si no hubiera querido que me encontraran, no me habrían encontrado.

Pero volví. Por voluntad propia.

Hay cuatro etapas antes de la población general.

Primero, la celda de retención. Concreto y luz fluorescente. Sin reloj.

Luego arriba. Unos días. Esperando.

Luego cuarentena. Catorce días. Encierro de veinticuatro horas. Sin luz del día. Sin salir, salvo a la ducha.

Luego población general.

Fue arriba donde conocí al cagón.

Tenía problemas con su compañero de celda. Un hombre callado que no se metía con nadie.

El cagón perdió la cabeza. Su solución: cagarse en la cama del hombre.

La víctima salió al pasillo y gritó:

“¡¿Quién carajo se cagó en mi cama?!”

La celda estalló.

Cuarentena.

Mientras nos formaban para el elevador, adivina quién estaba parado justo frente a mí.

El cagón.

Catorce días. Encerrado. Con él.

Susurré: “Señor, si esto es una prueba, es de las duras.”

El elevador se detuvo. Primer piso.

Lo sacaron.

Yo me quedé con mis muchachos.

El colombiano nos enseñó cómo funciona la prisión de verdad. Conocía cada ángulo, cada truco, cada trampa.

Pero cada noche, lo mismo. Llevaban el teléfono a la celda. Él llamaba a sus hijos.

Yo lo veía hablar. Voz suave. Tratando de sonar normal. Diciéndoles que papá estaba bien.

Luego colgaba y se quedaba callado.

Ahí fue cuando me golpeó. Lo que me esperaba. Lo que esto le haría a mi familia. A mis hijos.

El molino no solo te muele a ti. Muele a todos los que te aman.

Después de la cuarentena, te pasan a la población general.

Ruido. Movimiento. Miradas.

En el ingreso, te toman el nombre y lo reemplazan con un número.

Dicen: cumple tu condena y listo.

Nunca estás listo.

Lo ponen todo en internet. Tu nombre. Tu foto policial. Su versión de la historia. Para siempre.

Esta fue la primera de tres instalaciones.

En la sentencia, el gobierno intentó meterme de vuelta a la cárcel. Frente a mi familia y mi sacerdote. Dijeron que era riesgo de fuga. A pesar de mi cumplimiento total.

El juez no lo permitió.

Me presenté por mi cuenta en Alabama. Sabían quién era yo.

Cuando llegué, me trasladaron a una prisión estatal y me metieron en aislamiento. El lugar al que mandan a la gente que es un problema dentro del sistema. No a alguien que apenas cruzó la puerta.

Ni los guardias lo podían creer.

Esa historia es para otra ocasión.

Creían que me estaban moliendo.

Me estaban afilando.

LECCIÓN #3

VUÉLVETE IRROMPIBLE

“Si no has enfrentado la muerte y elegido el propósito, detente aquí. Si no has rechazado al burócrata y elegido al vaquero, detente aquí. No puedes volverte irrompible sin ambos. Pero si lo has hecho: bienvenido al fuego.”

GREG KEOUGH

Volverse irrompible no es un eslogan. No es una camiseta ni un mantra de podcast.

Es una manera de ser que se forja con el tiempo. A través del fuego, el fracaso y la fe. No hay atajos.

La clase burócrata te quiere blando. Te dicen que el dolor es un problema, que la adversidad es trauma y que la incomodidad debe evitarse a toda costa.

Pero ningún buen padre protege a su hijo de toda dificultad. Y Dios tampoco. Porque evitar el dolor no es amor. Es sabotaje.

La verdad es: los vaqueros no son víctimas. Enfrentan la tormenta. Se adaptan. Giran. Aguantan.

Ser irrompible no significa ser rígido ni terco. Significa saber qué importa y negarte a quebrarte cuando el mundo viene por ello.

Los burócratas odian a la gente irrompible. ¿Por qué? Porque no los necesitas.

Toda su estructura de poder se construye sobre dos mentiras: No existe la verdad absoluta. Y tú eres una víctima.

Irrompible no se trata de ser perfecto. Se trata de ser forjado. Se construye en el dolor. Se construye en el silencio. Se construye en la oscuridad, cuando nadie te ve y aun así eliges hacer lo correcto.

No te vuelves irrompible para impresionar al mundo. Te vuelves irrompible para sobrevivirlo.

Pueden quitarte la libertad. Pueden quitarte la luz del día. Pueden quitarte el nombre y reemplazarlo con un número. Pero no pueden quitarte lo que llevas dentro. Eso es tuyo.

Pero aquí está la verdad que no quieren que escuches: Sin Dios, te quiebras.

No creo que sea posible volverse verdaderamente irrompible sin Dios en mi vida.

Para mí, fue la prisión. Estaba enojado, confundido, humillado. Pude dejar que eso me definiera. Pero en cambio, vi la bifurcación en el camino.

La verdadera resiliencia no viene de estar protegido. Viene de caer. Y levantarse rápido.

Te van a derribar. Te van a traicionar, van a mentir sobre ti, te van a malinterpretar. Vas a sufrir.

Pero el sufrimiento no es el final. Es el principio.

Es el fuego que refina. Es donde te topas con tus límites. Y los traspasas.

Porque aquí está la parte que nunca te dijeron: Tienes una misión.

No fuiste hecho solo para existir. Fuiste hecho para hacer algo que nadie más puede.

He estado tras las rejas. Y aun así, fui libre. Porque sabía quién era. Y sabía de quién era.

Dios. Familia. Amigos. Misión. Eres más fuerte de lo que crees. Ahora empieza a construir la versión irrompible de ti.

• • •

LA CASA DE MUÑECAS

• • •

• • •

Este no fue mi punto más bajo. Ese llegó después. Pero fue la caída que me enseñó a levantarme.

La casa de muñecas fue lo último en irse.

Había construido una empresa de telecomunicaciones, Voz sobre IP, cuando eso era de vanguardia. Construimos infraestructura por toda América Latina, vendiendo capacidad a empresas como Skype y a las grandes operadoras.

En nuestro punto más alto, hacíamos cientos de millones en negocios. Creciendo rápido. Pensé que éramos a prueba de balas.

Entonces cometimos un error crítico: empezamos a extender grandes cantidades de crédito. La mayoría de los clientes pagaba. Uno no.

Su empresa se derrumbó. Era un jugador de mil millones en la industria. Cuando alguien de ese tamaño cae, la onda expansiva es brutal. Nos arrastró, y a docenas más también.

Casi de la noche a la mañana, todo se esfumó.

No tenía plan de respaldo. Siempre le digo a la gente: necesitas una vaca lechera y un tiro a la luna. La verdad es que necesitas DOS vacas lecheras y un tiro a la luna. Lo aprendí a las malas.

Les pedí ayuda a mis padres. Se negaron. Eso encendió una mecha que ardió durante dos años.

Así que enfrentamos la verdad. Teníamos que empezar de cero. En algún lugar. De algún modo.

Pero primero, no teníamos nada. Sin dinero. Sin comida. Sin techo.

Así que vendimos todo lo que teníamos. Una venta de garaje.

Recuerdo estar parado en la entrada, viendo a extraños hurgar en nuestra vida. Muebles para los que habíamos ahorrado. Juguetes con los que los niños crecieron. Cosas que antes significaban algo, ahora marcadas con cinta y un precio.

Lo que no me di cuenta en ese momento, y todavía me rompe el corazón, fue lo que significó para los niños. Sobre todo la casa de muñecas.

No sabía que importaba tanto. No dijeron nada entonces. Solo la vieron irse. Pero años después, me lo dijeron. Los destrozó.

Habría hecho cualquier cosa para ahorrarles eso. Pero nunca se quejaron. Solo sacrificaron, en silencio, con valentía.

Ahí supe: mis hijas eran vaqueras de corazón. Fuerza callada. Sin reflectores. Solo temple. Me decía a mí mismo que eran resilientes. Eso era en parte verdad, y en parte yo tratando de sobrevivir mi propia culpa.

Ahí aprendí algo: cuando estás en el lodo, la mayoría de la gente te echa tierra en la cara. Pero la gente de verdad, los vaqueros de verdad, ayudan.

Una mujer llamada Suzanne intervino. Una amiga de mi cuñado. Sencillamente nos ofreció su pequeña casa en su granja.

Nos salvó. Siempre estaré agradecido.

Curiosamente, ahí hicimos algunos de nuestros mejores recuerdos.

Había un gran caimán viviendo atrás en el estanque. Sabía que alimentarlo era mala idea. Pero no teníamos mucho más para entretenernos, y los vaqueros hacen locuras.

Así que los niños le pusieron nombre. Empezaron a alimentarlo. Luego se puso agresivo. Empezó a acercarse a la casa. A bufarles a los niños.

Así que tuvimos que atraparlo y reubicarlo. Imagínate: una familia quebrada, en el fondo, forcejeando con un caimán en una propiedad

que ni siquiera era nuestra.

No hagas eso. Créeme.

Pero nos reímos todo el tiempo.

Paseos de domingo por caminos rurales, los niños asomados por las ventanas, Jason Aldean a todo volumen, cantando fuerte. No teníamos dinero. No teníamos un plan. Pero nos teníamos el uno al otro.

Estábamos quebrados. Estábamos rotos. Pero no habíamos perdido la alegría.

Se llevaron la casa. El auto. La casa de muñecas.

Pero no la alegría. Nunca la alegría.

LECCIÓN #4

CIMIENTO EN DIOS Y LA VERDAD

“Quizá ahora no creas en Dios. Pero un día, cuando sea todo lo que tengas, entenderás que era todo lo que siempre necesitaste.”

GREG KEOUGH

Creas en Dios o no, mira a tu alrededor. Mira la naturaleza. Mira cómo funciona la vida. Es demasiado perfecta. Demasiado compleja. Demasiado inteligente.

Algo superior está organizando esto. Ese algo es Dios.

Me crié en una familia católica irlandesa. Y lo considero una de las mayores bendiciones de mi vida.

Cada domingo íbamos a la iglesia. Pasara lo que pasara. Rezábamos en cada comida. Rezábamos antes de dormir. Ese ritmo de fe creó un cimiento.

Cuando eres joven, quizá no lo entiendas. Pero esas semillas echan raíz.

Y cuando la vida golpea, ese cimiento te da fuerza. La certeza de que no estás solo.

No creo que puedas volverte verdaderamente irrompible sin un cimiento en Dios.

Dios es real. La fe es la roca firme de toda persona fuerte y de toda sociedad libre. Punto.

Quizá nunca sepas que Dios es todo lo que necesitas. Hasta que sea todo lo que tengas.

Haz tiempo para Dios cada día. Es tu mayor aliado. Tu arma más afilada.

Ahora hablemos de la verdad. Porque está bajo ataque.

Seamos claros: no existe eso de “tu verdad”. Existe la verdad.

No puedes inventar la realidad. No puedes simplemente sentir algo y volverlo cierto.

Hay dos sexos. Hombre y mujer. Eso es todo. Punto.

Amar no significa avalar el mal comportamiento. Puedes amar a un alcohólico y aun así decirle que deje de beber. Eso no es odio. Es cuidado.

Jesús vino a la tierra y confrontó a la élite burócrata. Era un vaquero.

La verdad es el campo de batalla de nuestro tiempo. Y la verdad, por dura que sea, es la única salida.

Durante una operación de rescate con la CIA, uno de mis amigos murió. Yo estaba atrapado, agotado y sin fuerzas.

Recuerdo rezar el Padre Nuestro. Y sin nada más, dije:

“Dios, si es Tu voluntad que muera, que así sea. Pero empujaré hasta el final.”

Salí. Apenas.

¿Pero la peor parte? Cuando llegó la ayuda, nadie quería volver a la situación a recuperar el cuerpo. Todos sabían que probablemente significaba la muerte.

Era lo último que quería hacer, y estaba asustado. Pero fui. Y confíé.

Y una vez más, Dios me protegió.

Dios tiene el control. Y si confías plenamente en Él, se hará presente.

LECCIÓN #5

LAS COSAS NO SON COMPLICADAS

*“El sentido común no está muerto. Solo lo han enterrado bajo una
montaña de mentiras.”*

GREG KEOUGH

La vida no es tan complicada. Solo te han entrenado para que pienses
que lo es.

A los burócratas y a las élites les encanta la complejidad. Porque la complejidad les da poder.

Pero quita el ruido, y la vida se reduce a unas cuantas grandes decisiones.

La mayoría de la gente solo enfrentará de 5 a 10 bifurcaciones decisivas en el camino.

Y cómo elijas en esos momentos determina casi todo. Matrimonio. Hijos. Fe. Tu misión. Vaquero o burócrata.

Esas son las decisiones que importan. Acierta en ellas. Y el resto tiende a acomodarse solo.

Como decía Ross Perot: todo funciona como la tienda de la esquina.

Si no tiene sentido, probablemente te están robando.

La complicación es el engaño.

Concéntrate en lo grande: Con quién te casas. Qué crees. Cómo pasas tu tiempo. Qué legado quieres dejar. A quién sirves: a Dios o al hombre.

Aquí está la verdad real: La mayoría gasta el 90% de su energía en el 10% de la vida que no importa.

Invierte eso. Concéntrate en el 10% que de verdad mueve la aguja.

El tiempo es limitado. Si la ola ya se está moviendo, móntala.

Rodéate de buena gente. Elige a tu cónyuge con sabiduría. Y sí, los suegros cuentan.

Nunca estarás pleno hasta que encuentres tu misión. Dios te eligió para algo específico. Algo eterno.

Esa misión es por la que estás aquí. No el dinero. No la fama. No la comodidad. La misión.

Sé un vaquero. Párate ante Dios y escucha: “Bien hecho.” Esa es la victoria.

LECCIÓN #6

EMPRENDIMIENTO, NEGOCIOS, DINERO Y CARRERA

“Nadie va a venir. Esa es la mala noticia. ¿La buena? Tú eres todo lo que necesitas.”

GREG KEOUGH

El mundo se está partiendo en dos. Una élite rica. Y todos los demás.
¿La clase media? Desapareciendo.

Tu generación puede ser la primera que no le vaya mejor que a sus padres. Y no es paranoia. Es realidad.

Los burócratas construyeron un sistema amañado. Predican igualdad mientras canalizan la riqueza hacia ellos mismos.

Tienes dos opciones: Quejarte. O crear. Yo elijo crear.

Sé emprendedor. ¿La gente que de verdad se está haciendo rica hoy? Son constructores. Tomadores de riesgo. Solucionadores de problemas.

Son vaqueros. Y en el mundo de hoy, ese es tu único camino a la libertad.

La verdadera seguridad viene de la propiedad. De construir algo tuyo.

Posee cosas. Tierra para trabajar. Un rancho para alimentar tu futuro. Oro. Bitcoin. Sé dueño de tu casa por completo.

No persigas el dinero. Persigue el sentido. Construye algo que resuelva un problema real. Y el dinero vendrá detrás.

Ten un negocio vaca lechera y un tiro a la luna. Mantén un pie en la tierra. Y otro persiguiendo la grandeza.

Monta la ola de la historia. Busca el cambio de fondo: IA, blockchain, energía, biotecnología. No llegues demasiado temprano. Llega lo suficientemente temprano.

El enfoque es tu superpoder. Tendrás cien ideas. Pero elige una. Apunta como francotirador con rifle. No con escopeta. Caza presa grande.

Construye algo que escale.

Busca mentores. Gente que haya hecho lo que tú quieres hacer. Aprende de sus cicatrices.

Y cuando todos entren en pánico, mantén la calma. Las mejores oportunidades siempre aparecen cuando los demás corren asustados.

La acción es la diferencia. Todos tienen ideas. Pocos ejecutan. Los emprendedores sí. Los vaqueros sí.

El mundo cambia rápido. Posee algo. Construye algo. Libérate.

Nadie va a venir. Pero tienes todo lo que necesitas. Ahora construye.

LECCIÓN #7

MATRIMONIO, FAMILIA/HIJOS Y COMUNIDAD

“¿Quieres arreglar el mundo? Empieza por tu familia. Cria hijos fuertes. Ama a tu cónyuge. Construye una comunidad real. Esa es la revolución.”

GREG KEOUGH

Creo que para muchos de nosotros, la familia es la misión que Dios nos dio en la vida.

Y el matrimonio (el verdadero matrimonio, entre un hombre y una mujer) es el cimiento de esa misión.

Esto no es un “constructo social”. Es la institución más probada por el tiempo en la historia humana.

Un buen matrimonio te desafiará, te hará humilde y, al final, te hará más completo.

El matrimonio te enseña a servir. A pensar en alguien más que en ti mismo. A construir algo más grande que tu propio ego.

Hombres: sean hombres. Mujeres: sean mujeres. Esto no es complicado. Nunca lo fue.

Antes de decir “acepto”, pasa tiempo de verdad con la familia de tu pareja. Mira a sus padres. Es probable que eso sea en lo que tu cónyuge se convierta con el tiempo.

Estar alineados a grandes rasgos en la cultura, y definitivamente en la religión, te da las mejores probabilidades de éxito.

Si no están en la misma página espiritualmente, estás construyendo sobre arena.

Para mí, ese cimiento es el catolicismo. Aporta estructura, disciplina y sabiduría enraizada en miles de años de verdad.

Invierte tiempo en tu familia. Es tu activo más importante. Cuando tu hijo te diga “ven a lanzar la pelota”, ve. Esos momentos se desvanecen rápido, y no vuelven.

Coman juntos. Recen antes de comer. Rían. Bromeen. Estén presentes.

Deja que tus hijos sean vaqueros. No imprudentes. Pero audaces. Valientes. Aventureros.

Sí, evalúa el riesgo. Enséñales a medir la profundidad antes de saltar del precipicio. Pero después déjalos saltar.

Deja de criar blandengues. Déjalos intentar. Déjalos fallar. Déjalos sentirse fuertes.

Crecí en una familia de cuatro hermanos irlandeses. Peleábamos. Mucho. Mi mamá no entraba en pánico. Compró guantes y dijo: “Dénse con todo.”

No éramos abusivos. No buscábamos pleitos. Pero sabíamos plantarnos.

La verdadera fuerza es saber pelear. Y elegir la paz de todos modos.

¿Pero si se cruza la línea? Muéstrales por qué eso fue un error.

Guía a tus hijos con el ejemplo. Sé amable. Sé cortés. Ayuda a los demás. Rodea a tu familia de gente que admires.

Ve a misa diaria. Solo 20 minutos. Te cambiará la vida.

¿Quieres un mundo mejor? Construye una familia mejor. Ese es el cimiento de todo.

LECCIÓN #8

NUNCA SABES QUÉ VA A PASAR

“Nunca es demasiado tarde para cambiar. A menos que esperes demasiado.”

GREG KEOUGH

La vida no es predecible. Vas a sufrir. Vas a enfrentar adversidad. Eso no es pesimismo. Es realidad.

Pero lo que la mayoría no ve es que esas luchas también son sagradas.

Dios las usa para pulir tu carácter, fortalecer tu columna y profundizar tu fe.

Y si algo he aprendido es esto: Dios ama a los vaqueros.

No hay garantías en esta vida. Ni de éxito. Ni de comodidad. Ni siquiera de justicia.

Pero lo que sí está garantizado es que Dios siempre está con nosotros. Y tiene un plan mejor que el que nosotros tratamos de controlar.

Cada fracaso, cada revés, cada momento de humillación guarda semillas de renacimiento.

El mundo los llama “tragedias”. Yo los llamo puntos de quiebre. Porque tu vida puede cambiar de dirección en un instante.

Ese es el riesgo. Y la belleza. De vivir como vaquero.

He tenido muchos sucesos inesperados, totalmente impredecibles, en mi vida. Desde tribunales federales hasta zonas de batalla en el extranjero.

Esos extremos me llevaron al límite, pero también más cerca de Dios.

Incluso ahora, sentado en prisión, lo sé: lo mejor está por venir.

Nadie vio venir este nivel de locura en Estados Unidos. Confinamientos forzados. Iglesias cerradas. Discurso censurado. Disturbios ignorados.

Nunca pensé que vería el día en que los vaqueros fueran cazados por el mismo gobierno que ayudaron a construir.

Pero eso significa que hay una apertura. Porque las grandes disrupciones crean grandes oportunidades.

Este país todavía puede ser recuperado por los vaqueros.

El momento es ahora. De volver a Dios, la Familia y la Patria. Empieza hoy.

Nunca es demasiado tarde. No tienes que arreglar todo de golpe. Solo empieza.

Déjame ser claro: no soy perfecto. Todavía batallo con muchas de estas lecciones. Sobre todo la paciencia.

Pero aprender a confiar en los tiempos de Dios lo ha cambiado todo. Su horizonte de tiempo es infinito.

En el ejército dicen: “lento es suave, y suave es rápido”.

Apresurarse te debilita. La paciencia te hace poderoso.

Pero cuando es momento de actuar: ACTÚA. Y creo que ya estamos ahí.

Si los estadounidenses comunes simplemente empezaran a decir “No”. No, no voy a obedecer. No, no voy a fingir que las mentiras son verdad.

Podríamos empezar a recuperar nuestro país, nuestra cultura y nuestra libertad.

Estamos en un momento binario. Elige tu lado.

Los tiranos no esperan resistencia. Por eso funciona. Así que resiste.

Los vaqueros van al frente de la caravana. No esperan atrás.

¿En qué clase de país quieres vivir? Esa decisión ahora está en tus manos.

• • •
EL CORONEL
• • •
• • •

Siempre he creído que las buenas historias empiezan cuando el plan sale mal.

¿Y África? África no hace planes.

La idea era simple: viajar al norte desde la República Centroafricana hacia Chad. Ver algo de fauna, quizá echarle un vistazo al Sáhara.

Me había acostumbrado a viajar así: camiones de monte repletos hasta el tope, regateando un lugar adelante con el conductor. Pueblo por pueblo, retén por retén, fuimos avanzando al norte. Hasta que por fin, los camiones dejaron de circular.

Me encontré varado en un pueblo remoto, a unos 130 kilómetros de la frontera. Después de un día, apareció un camión de carga, lleno de sacos de frijoles y con gente ya montada encima. Negocié un lugar, subí, y arrancamos.

Pero en África, la frontera no es una línea. Es un pueblo. Llegamos al primer retén dentro de Chad, un puesto polvoriento con una pequeña base militar. Todos los demás del camión pasaron. Yo no.

Me dijeron que esperara al Coronel.

Cuando por fin apareció el Coronel, se veía exactamente como te lo imaginas: alto, imponente, claramente borracho. Pero cortés.

“Está en el país de forma ilegal”, dijo.

Había entrado a Chad un día antes de que mi visa empezara oficialmente. No lo había pensado, viajar en África no es precisamente predecible.

Dijo su precio. Cuatrocientos dólares.

Era un soborno escandaloso, incluso para los estándares de una frontera africana. Yo tenía el dinero, escondido. Pero le dije que no lo tenía.

Se encogió de hombros. “Entonces no va a ningún lado.”

Y así nada más, el camión se fue. Quedé varado.

Durante tres días me quedé en ese pueblito. Cada día volvían los soldados. La misma exigencia. La misma respuesta.

“Se lo daría si lo tuviera”, decía, sonriendo. “Pero no lo tengo.”

Me mantuve animado. Respetuoso. Pero firme. Eso no les gustó.

La tercera noche, vino por mí él mismo.

Estaba borracho otra vez, ruidoso, furioso. Dijo que yo violaba sus leyes. Que, por lo que ellos sabían, yo podía ser un espía.

Luego me dijo que subiera al jeep.

El Coronel adelante, su chofer al lado, y yo atrás con dos soldados. Salimos del pueblo. Sin luces. Solo las estrellas y el zumbido de las llantas.

Mi mente iba a mil. ¿Hacia dónde correría? Desierto abierto. Sin cobertura. ¿Podría darle un golpe al Coronel antes de que los soldados reaccionaran? Pensé en la zanja al lado del camino. Cómo caer. Cómo rodar. Si lograría llegar a la oscuridad antes de que las balas me encontraran.

No estaba calmado. Estaba controlado, y no es lo mismo.

Cuando nos orillamos al lado del camino, en medio de la nada, se me hizo un nudo en el estómago.

“Baje”, dijo.

Bajé, con el corazón retumbando. Los seguí al doblar una curva. Y entonces, ahí estaba. Faros. Un camión.

El mismo camión en el que había venido, ese por el que me habían hecho esperar tres días.

El Coronel se volteó hacia mí, sonriendo.

“Súbase al camión de una vez.”

Ese magnífico desgraciado. Un duelo a la mexicana. Él no me quebraría. Yo no cedería. Nadie ganó. Pero nos respetamos por ello.

Subí. Cabalgué toda la noche hasta Yamena.

Unos días después, me preparaba para volver al sur. Paramos a recoger a un último pasajero en las callejuelas.

Salió un grupo de mujeres... y luego él.

El Coronel.

Los dos nos quedamos congelados. Luego, risas. Un gran abrazo. Éramos hermanos perdidos reencontrados.

Se montó adelante conmigo. En cada retén, agitaba mi pasaporte y decía: “Viene conmigo.” Luego caíamos en el bar local a beber.

El chofer al final me llevó aparte. “¿Puede hacer que pare? Tenemos que llevar a esta gente a casa.”

Así que en el siguiente pueblo, con cuidado le dije al Coronel que tal vez era mejor que se quedara y disfrutara. Me dio un abrazo. Una despedida en forma.

Nunca he olvidado a ese hombre.

Nunca sabes cómo van a resultar las cosas. El hombre que creí que podía matarme se volvió mi compañero de tragos para el final de la semana.

El respeto no se trata de poder. Se trata de postura.

Plántate. Sonríe. Sigue siendo humano.

Incluso en una zona de guerra.

Sobre todo entonces.

LECCIÓN #9

NO LO DIGAS, DEMUÉSTRALO

“Hablar es barato. La acción compra la libertad.”

GREG KEOUGH

Lo que viene puede parecer contraintuitivo. Sobre todo si eres joven.

Suena simple, pero aquí es donde la llanta toca el asfalto.

Así que aquí va: Tienes que hacerlo.

No esperes. El “momento correcto” puede que nunca llegue. En mi experiencia, el momento perfecto nunca llega. Para nada.

Tener hijos. Casarse. Empezar un negocio. Hay mejores momentos, claro. Pero rara vez perfectos.

Y si confías en Dios, Él puede convertir cualquier momento en el momento correcto. Si es Su voluntad.

Pero primero, tienes que actuar.

Aquí es donde puedes ver la diferencia entre vaqueros y burócratas.

Los políticos predicán sobre ayudar al pequeño, pero en cuanto entran al “servicio público”, empiezan a volar en privado y a engordar sus carteras.

Dicen todo lo correcto, pero nunca hacen lo correcto. Son puras palabras.

¿Cómo entra alguien al gobierno quebrado y sale millonario en unos años? Todos sabemos qué es: corrupción.

Los burócratas hablan. Los vaqueros actúan.

No dejes que el miedo a verte tonto te detenga. Haz el ridículo. Intenta algo incómodo. Sé audaz.

Deja de ser un espectador en tu propia vida. De verla a través de selfies y TikToks.

Empieza a ser el protagonista. Empieza a vivir.

Porque esta es la verdad: si sigues diciendo “Algún día voy a hacer tal cosa”, entonces, a menos que lo demuestres, ese algún día nunca llega.

Nadie construye algo grande esperando las condiciones perfectas. Empieza con lo que tienes.

Las oportunidades pasan rápido. No se quedan esperando. ¿Esa oportunidad que no tomaste? Puede que no vuelva nunca.

Y cuando actúes, hazlo con humildad. La gente se siente atraída por la humildad. La pretensión repele. La autenticidad atrae.

Cuando hagas algo, entrégate por completo. Si vas a barrer el piso, bárralo como si importara.

Ninguna tarea está por debajo de ti. Hacer las cosas pequeñas con excelencia es lo que te hace grande.

Una cosa pequeña tal vez no cambie el mundo. Pero mil cosas pequeñas sí.

La Madre Teresa no empezó una comunidad. Ayudó a una persona. Luego a otra. Y siguió. Con el tiempo, se volvió una fuerza global.

Ese es el poder que tienes.

Pide perdón rápido. Asume tus errores. Luego vuelve a montar.

Y muéstrale al mundo quién eres.

• • •

LA SALIDA

• • •

• • •

El miedo no me sorprendió.

Lo que me sorprendió fue que los estadounidenses obedecieran.

Ya había visto a gobiernos arrebatar el poder antes. Había operado en países donde la libertad desapareció de la noche a la mañana. Conocía el manual.

Pero nunca pensé que lo vería aquí.

Iglesias cerradas. Mascarillas obligatorias. Inyéctate una vacuna no probada o pierdes tu trabajo, tu acceso, tu vida. A los tres más peque-

ños nunca los vacunamos. Todos se enfermaron tarde o temprano. Estuvieron bien.

¿Que el gobierno quisiera control? Eso lo esperaba.

¿Que los estadounidenses se rindieran sin pelear? Eso me rompió algo por dentro.

No los culpo a todos. Sé que gente razonable lo vio distinto. No pensaba que fueran malos, pensaba que tenían miedo. Pero yo no podía ser uno de ellos.

Recuerdo el momento en que se volvió real.

Estábamos en la tienda de forraje en Loxahatchee, cerca de Wellington. Mis hijos y yo habíamos trabajado el rancho toda la mañana. Botas viejas. Camisas sucias. Pistolas al cinto. Así vivíamos.

Estábamos formados para pagar cuando una mujer detrás de nosotros, voz cortante, postura tensa, ya ensayando la confrontación, empezó a hacer una escena. No traíamos mascarilla.

Le dije con cortesía: “Señora, con gusto nos paramos más lejos si gusta.”

Eso no fue suficiente.

Al final dije: “Señora, por favor, pase usted delante de nosotros.”

Pasó empujando. Y me di cuenta: probablemente solo quería brincar-se la fila.

Pero en realidad no se trataba de ella.

Se trataba de lo que representaba. Esta gente se muda a lugares como Florida, como Montana, porque los aman. Dicen que son “tan pintorescos”. Luego tratan de cambiarlos. De implementar los mismos sistemas rotos de los que huyeron.

Los aman. Luego los cambian. Luego se preguntan por qué se acabó.

Lo he visto pasar en una docena de pueblos.

Pero yo seguía pensando en el piso del helicóptero. El cuerpo de mi amigo. Sus ojos al morir.

¿Es esta la libertad por la que peleamos?

¿Es esto por lo que él murió?

Luego llegaron los disturbios.

Ciudades en llamas. Negocios saqueados. Vi a dueños de tiendas parados frente a vidrios rotos mientras los políticos explicaban por qué era necesario.

He vivido en América Latina. He visto qué tan rápido pueden cambiar las cosas.

Sabía lo que se venía en Estados Unidos. Esto no era el final de algo. Era el principio.

Mis hijos recordarán la cena.

Estábamos sentados alrededor de la mesa después de comer, como cada noche. Yo estaba escuchando a Aaron Lewis. “Am I the Only One.”

Y empecé a llorar.

Mis hijos nunca me habían visto llorar. Ni una vez. Jamás.

Pero lo sabía. Era hora.

Antes habíamos hablado de El Salvador. Algún día. Tal vez al jubilarnos. Esto no era eso.

Les dije que nos íbamos. Ya. Y que íbamos a vender todo.

El cuarto estalló.

Dos de ellos salieron furiosos. Llorando. Enojados. “No. De ninguna manera.”

Mi esposa lloró. Teníamos la vida perfecta. Palm Beach. Las mejores escuelas privadas. Nuestro rancho. Nuestra casa en Montana.

Y le estaba pidiendo que lo dejara todo.

Pero ella me conocía. Sabía que no era un farol.

Les dije a los niños: “De esto se trata la vida. De aventura.”

Así que hice algo que nunca pensé que haría.

Vendí todo.

El rancho. La casa en Palm Beach. La casa en Montana. 10 millones de dólares en bienes raíces. Se acabó.

No conservamos nada en los Estados Unidos. Seguimos sin tener nada.

Empacamos y nos mudamos a El Salvador.

¿Los valores de vaquero que antes existían en Estados Unidos? Ahí todavía existen.

¿Los dos hijos que más se opusieron?

No volverían ahora ni aunque les pagaras.

Pero no me fui porque Estados Unidos esté perdido.

Estados Unidos puede recuperar esto. Pero solo si suficiente gente se planta y pelea, no con los puños, sino con la negativa.

A veces tienes que irte para ver con claridad.

Estamos afuera.

Cuando sea el momento, volveremos.

LECCIÓN #10

DISFRUTA LA CABALGATA... VIVE CON ALEGRÍA

“Existir es pasivo. Vivir exige valor.”

GREG KEOUGH

Vivir no es lo mismo que existir. La mayoría no entiende la diferencia. Hasta que es demasiado tarde.

Pero si estás leyendo esto, todavía tienes tiempo. Así que escúchame ahora: VIVE.

No un día. No cuando sea conveniente. No cuando sea seguro. Vive ahora.

Todo este viaje es una sola vuelta a la pista.

No tienes vuelta de calentamiento. No tienes otro intento. Entonces, ¿por qué desperdiciarlo a la deriva?

Tu vida es única. Fuiste hecho para algo que solo tú puedes hacer.

Tu actitud ante la vida está bajo tu pleno control. No eres una víctima.

¿Un secreto? Vive en el presente. Por eso los niños son tan felices. Experimentan la vida por completo, momento a momento.

La alegría viene de la presencia, no de las posesiones.

Mantén la alegría en tu vida. Algunas de las mayores alegrías son gratis y pasajeras. Y están por todas partes.

Para mí, son las cosas pequeñas: Tiempo en la granja con los niños. Verlos arrear el ganado. Construir cercas. Reír después de cenar.

No necesitas una selfie ni unas vacaciones para tener alegría. Solo necesitas decidir ser alegre.

La gratitud es la puerta de entrada a la felicidad. No cuesta nada. Y siempre hay algo que agradecer.

No te tomes tan en serio. Si no ríes, llorarás. Así que ríe seguido.

Limita tu exposición a la negatividad. Sobre todo en internet. La mayor parte es veneno.

Sé exigente con tu atención. Elige la alegría, la verdad y la belleza por encima del ruido sin fin.

Pasarán cosas malas. Pero no te definen.

Eres más fuerte que tu peor día. Y no tienes que cargar ese peso para siempre.

Ve a confesarte. Pídele ayuda a Dios. Dios puede perdonar lo que sea si se lo pides.

Suéltalo. Perdona. No guardes rencores. Solo te haces daño a ti mismo.

Baila. Ríe. Canta. Sé espontáneo. No necesitas permiso.

Nunca te desconectes. Sigue aprendiendo. Mantente asombrado por el mundo.

Pasa tiempo en otras culturas. Aprende algo de cada quien.

La música es alegría. Te ayuda a sobrevivir los bajones y a celebrar las cumbres.

Por último: vive en el mundo real, no en el digital. La tecnología es una herramienta, no tu vida.

No recorras la vida deslizando la pantalla. Vívela.

Sal y encuentra la alegría.

Ya sea que estés en la cima de una montaña o en el fondo, la próxima cabalgata empieza ahora.

• • •
LA SELVA Y LA ALEGRÍA

• • •

• • •

Los niños salieron corriendo de la selva, gritando y bailando:

“¡Moon Joo! ¡Moon Joo!”

Me volteeé hacia mi guía. “¿Qué están diciendo?”

Se rió. “Están diciendo... ‘Eres blanco’.”

Pero me estoy adelantando.

En algún lugar de la selva había una tribu que todavía vivía como hace mil años. Sin teléfonos. Sin cables. Sin plástico. Solo la luz del fuego y

relatos pasados de generación en generación.

Tenía que verlo. Antes de que desapareciera.

Así que empecé a preguntar por ahí. Tomé un camión de monte desde el mercado de Bangui, lleno hasta el tope, gente sobre gente, gallinas cacareando. En el cruce de un río, conocí a un muchacho que hablaba francés. Dijo que era de una aldea en lo profundo del bosque y que podía llevarme.

Caminamos kilómetros, sin sendero, solo su memoria y la forma del sol. Por fin, llegamos a una aldea junto al río. Quizá ochenta chozas.

Y fue entonces que los niños vinieron corriendo.

Encontré al jefe, seguí los protocolos locales y pedí permiso para quedarme. Por una pequeña donación, viví en una choza con una familia local. Comí con ellos, me bañé en el río, bebí vino de palma.

Se mandó aviso a la tribu pigmea: si aceptaban una visita, llevaría ofrendas: sal, una olla, algunos artículos básicos. Trueque justo.

Después de unos días, llegó la respuesta. Me recibirían. Empacamos y caminamos durante días. Selva densa. Mosquitos como helicópteros.

Por fin, llegamos a su asentamiento: cuatro chozas, quizá veinte personas.

De verdad son pequeños. Pero fuertes. Rápidos. Cautelosos. Curiosos.

Me senté con ellos, los vi cazar, aprendí cómo se movían por la selva como si la llevaran cosida a la piel.

Había pensado que iba a observar algo primitivo. Pero en cambio, presencié maestría.

No tenían mucho. Pero tenían alegría. Alegría de verdad.

Reían con todo el cuerpo. Bailaban como si las estrellas los estuvieran mirando. Sin teléfonos. Sin planes. Sin ansiedad por lo que venía después.

Solo aquí. Solo ahora. Solo vivos.

Tenían menos que cualquiera que yo conociera, y más presencia que casi toda la gente que había conocido en el mundo moderno.

Después de unos días, supe que no estaba destinado a quedarme. Había visto lo que vine a ver, y me cambió.

Me escoltaron de regreso a la aldea junto al río, y la última noche hicieron una fiesta.

Bebimos demasiado vino de palma. Bailamos alrededor del fuego hasta que las piernas no dieron más. Reímos hasta el amanecer.

Y te diré lo que les digo a mis hijos:

No has bailado hasta que has bailado con los pigmeos.

Ve y encuentra tu selva.

EL FUTURO ES TUYO PARA CABALGAR

“Debemos recordar quiénes fuimos alguna vez y quiénes DEBEMOS volver a ser.”

GREG KEOUGH

Esperé para escribir este capítulo hasta tener algo de distancia. Física y emocional. De todo lo que pasó.

He vivido mi historia. Y es tu turno.

Le hablo directamente a la juventud de Estados Unidos y del mundo. Tú puedes. Es tu momento de tomar las riendas. Y de hacerte vaque-

ro.

¿La buena noticia? Algo está cambiando. Lo veo. Lo siento. Y creo en ello.

La gente está despertando. El sentido común se está removiendo. Y una nueva ola de liderazgo está surgiendo.

Pero sé esto: la historia está girando.

Aquí está el reto. Te criaron en un declive en cámara lenta.

Cuando las cosas se pudren con el tiempo, es más difícil ver la pérdida.

Lo que te han quitado es enorme. Libertad. Fe. Propósito. Alegría. Familia. Verdad.

Y no te lo van a devolver. Vas a tener que pelear por ello.

Pero así son los vaqueros. No esperamos permiso. Cabalgamos.

Dios siempre elige a héroes improbables. Ese es el patrón.

Y a ti también te está llamando.

Si adoptas los valores de este libro, puedes liderar el mayor regreso que el mundo haya visto.

Hay que exigirle cuentas al sistema. No se arreglará solo. Nunca lo hace.

Ten siempre un plan de respaldo. Este sistema podría colapsar antes de arreglarse.

Pero con las 10 lecciones de este libro, estarás listo para cualquier tormenta.

Los vaqueros cabalgan a través de todo.

El futuro no está escrito. Pero es tuyo para cabalgar.

ÚLTIMAS PALABRAS

Sé tú mismo. Nadie más puede vivir tu misión. No te dobles con el viento.

Sostén tus valores. Sobre todo cuando sea difícil. Un día, te alegrará haberlo hecho.

Vive con intensidad. Entrégate por completo. Pero sé sabio. Retírate cuando haga falta, y vuelve a trazar la estrategia.

Pelea tus batallas cuando estés más fuerte. Y prepárate siempre. Aunque nunca estés del todo listo.

Exígete. Ahorra. Construye algo. Compra tu libertad. Y luego úsala para ayudar a los demás.

El tiempo y la posibilidad son los verdaderos lujos de la vida.

Persigue la alegría. Saborea los momentos. Cabalga fuerte. Ama profundamente. Deja tu huella.

Ensilla y monta.

• • •

EL VAQUERO SILENCIOSO

• • •

He estado rodeado de vaqueros toda mi vida. Dios me bendijo con eso.

Los vaqueros vienen de todas las formas y tamaños: hombres y mujeres, ruidosos y sutiles, imprudentes y refinados.

Pero la cúspide, la versión que todavía me esfuerzo por alcanzar, es el Vaquero Silencioso.

Reconocerías a uno si lo conocieras. Sin anuncios. Sin poses. Solo presencia.

Te lo dije antes: cuando te cases, mira de cerca a los padres de tu cónyuge. Lo más probable es que en eso se conviertan.

Yo fui bendecido. Mi suegro era Antonio Cabrales.

El Vaquero Silencioso.

Don Tony era salvadoreño, pero criado en Estados Unidos; sus padres eran diplomáticos. Estudió agricultura en los Estados Unidos, luego regresó a El Salvador de joven. Un forastero, en realidad. Me contaron que al principio su español ni siquiera era tan bueno.

Pero tenía un don con la gente. Fácil. Sin esfuerzo. Caía bien al instante.

Se casó. Tuvo cinco hijos. Prosperó. Compró una finca. Crió ganado. Y luego puso la mira en algo imposible.

Había una isla, la Isla Teopán, en medio del lago de Coatepeque. Intacta. Virgen. Decían que los mayas tenían ruinas ahí.

Se obsesionó con ella.

Le tomó veinte años comprarla. Múltiples dueños. Negociaciones interminables. Pero la trajo a la existencia a pura voluntad.

Mi esposa y sus hermanos me contaron que cada noche rezaban, por la familia, la finca y la isla.

Durante la brutal guerra civil salvadoreña, la mayoría huyó. Él se quedó.

Cuidó las fincas de los que se fueron al exilio. Mantuvo todo funcionando. Mantuvo todo con vida.

Un día, revisando la finca de café de un amigo, se topó con un retén. Guerrilleros del FMLN. Lo detuvieron, dijeron que necesitaban su camioneta; esto era común, tomaban un vehículo, hacían un ataque, y luego lo abandonaban.

No sabían que era el Ministro de Agricultura. Ese día había dejado atrás a sus guardaespaldas, lo que probablemente le salvó la vida.

Cuando le preguntaron qué llevaba en la camioneta, dijo: “Algo de fruta de la finca. ¿Quieren?”

Sin titubear. Sin entrar en pánico.

Cuando dijeron que se llevaban la camioneta, les dijo: “La necesito de vuelta. Trabajo por aquí.”

Cerró un trato. Unos días después, la dejaron en una finca abandonada calle abajo.

Y vaya que sí, la camioneta estaba ahí.

Cuando empecé mi primer negocio en El Salvador, él estuvo ahí. Eran tiempos difíciles. Economía de posguerra. Sin dinero. Sin contactos locales. Mi propia familia no me apoyaba.

Pero Don Tony sí. Cada vez.

Animaba. Aconsejaba. Me empujaba a dar la milla extra, no con sermones, sino con presencia. Con fe.

Una noche, antes de casarnos, pasé a visitar a mi esposa. Al entrar, tuve un altercado con un tipo en la calle. Una tontería, así que lo dejé pasar. Entré.

Pero el tipo no paraba. Golpeando el portón de acero. Gritando. Amenazando.

Así que bajé a encargarme. Don Tony vino conmigo.

Nos paramos sobre el muro, mirando hacia abajo a este tipo. Los dos estábamos armados, pero su revólver ya estaba afuera.

Empecé a intercambiar palabras. Le dije al tipo que si no se iba, bajaría y le daría una paliza.

Don Tony no dijo una palabra. Solo levantó el revólver y empezó a disparar. A los pies del tipo.

Luego, sin alzar la voz: “Andate, baboso.”

El tipo corrió.

Mi esposa oyó los disparos. Sabía que yo había bajado. En su mente, alguien estaba muerto, o él o yo. Gritó mi nombre.

Para cuando llegó hasta nosotros, ya había terminado.

Cuando empezaron mis problemas con los federales, acudí a él.

Le dije: estos tipos no se van a ir. No hay forma de ganar. Más vale que vaya allá y resuelva esto de una vez, aunque sabía a lo que me enfrentaba.

Me miró y dijo:

“Greg, ellos no quieren meterte a la prisión. Quieren meterte debajo de la prisión.”

Entendía cómo funcionan estos sistemas. Sabía que no se le puede ganar a un enemigo invencible. Pero también sabía que yo no huyo de las cosas. Ese no soy yo.

No trató de detenerme. Solo se aseguró de que lo viera con claridad.

Era la semana de Pascua. Estábamos en la isla, la misma isla que se había pasado veinte años adquiriendo.

Yo estaba sentado en la terraza con los niños, esperando a que llegara para el fin de semana. Vi a mi cuñada contestar una llamada. Me di cuenta de que algo andaba mal.

El operador del transbordador solo dijo: Tienen que venir.

No quería decir por qué.

Sabía que algo andaba mal. Tomé el teléfono y le pregunté directamente.

Ahí fue cuando me lo dijo. El auto, con mi suegro, mi suegra, el chofer y la empleada, se había caído del transbordador. Estaban bajo el agua.

Corrí por el sendero, a través del bosque, hasta nuestra lancha. Mi hijo menor corrió conmigo. Le dije que se quedara, sabía a lo que me dirigía.

Para cuando llegué, mi suegra había salido a la superficie. Ochenta y siete años. Una sobreviviente.

Pero pasaron cinco minutos. Luego diez.

Sabía que ya no estábamos rescatando. Estábamos recuperando.

En El Salvador, en el campo, cuando hay problemas, no aparece ninguna caballería. Lo resuelves tú mismo. Rápido.

Localizamos el auto. Lo amarramos. Empezamos a sacar los cuerpos.

Primero el chofer. Luego la empleada. Luego Don Tony.

Lo subí a la lancha yo mismo. Le hice la señal de la cruz en la espalda.

No podía dejar de pensar: ¿Cómo se va así un vaquero?

Había cruzado ese transbordador mil veces.

Nunca sabes qué va a pasar.

El funeral estuvo lleno. Gente que nunca había conocido. Todos con historias sobre el Vaquero Silencioso.

Construyó su propio santuario, una isla que todavía visitamos casi todos los fines de semana.

Solo se puede llegar por transbordador.

Y cada vez que cruzo esa agua, pienso en él.

Todavía estoy tratando de convertirme en lo que él fue.

Aún no lo he logrado.

Pero no he dejado de intentarlo.

Búscalos. Aprende de ellos.

Y quizá, si tienes suerte, conviértete en uno.

• • •

DE VUELTA A LA FRONTERA

• • •

No me jubilé.

No me retiré a hacer comentarios. No escribí esto y desaparecí.

Volví a la frontera. Volví a El Salvador.

Elegí la distancia. Un lugar donde todavía puedes construir, todavía puedes arriesgar, todavía puedes rendir cuentas.

Aquí no hay garantías. Ese es el punto.

Sigo construyendo.

No puedo parar. Es quien soy. Mi esposa lo sabe. No voy a parar.

Pero el peso ha cambiado.

Tengo cinco hijos. Ahora construyo para ellos. No para protegerlos del mundo, sino para prepararlos para enfrentarlo.

Ahora soy el entrenador. No el mariscal de campo.

Las fronteras siempre se encogen. No quedan muchas.

No puedo decirte a dónde ir.

Pero puedo decirte dónde estoy parado yo: expuesto, responsable, inconcluso.

La frontera se repliega rápido. Pero debes elegir un lugar para sostener la línea.

Aquí sostengo la línea.

*Los hombres más fuertes que he conocido
nunca pidieron que los siguieran.*

SOBRE EL AUTOR

GREGORY KEOUGH

Gregory Keough ha recibido la Estrella de Inteligencia de la CIA por heroísmo extraordinario, y ha sido reducido a un número en una celda federal.

Ha construido empresas que valían cientos de millones y lo ha perdido todo más de una vez.

Escribió este manual desde una celda en Alabama.

Vive en El Salvador con su esposa, con quien lleva treinta años, y sus cinco hijos.

Hoy Greg trabaja en silencio en la frontera, apoyando a emprendedores, familias y operadores que eligen la competencia por encima de las credenciales. Pasa su tiempo en lugares de los que la mayoría solo habla, ayudando a otros vaqueros a construir vidas fuera de sistemas que ya no les sirven.

WWW.ELVAQUEROENTI.COM

ESTE LIBRO ES UN REGALO

Es gratis para leer, gratis para descargar,
y gratis para pasar adelante.

Léelo, vívelo, compártelo.

WWW.ELVAQUEROENTI.COM

Me condecoraron con la Estrella de Inteligencia de la CIA
por heroísmo extraordinario, y me redujeron a un número
en una celda federal en Alabama.

Construí empresas que valían cientos de millones,
lo perdí todo, y volví a construir.
Escribí esto para mis cinco hijos.

“Los sistemas no fallan de golpe. Se vacían por dentro en silencio.
Las familias lo notan de últimas. Los hombres lo notan demasiado tarde.”

Diez lecciones, y las historias de las que vienen.
LIBERTAD · DINERO · MUERTE · MATRIMONIO · FE

“Creían que me estaban moliendo.
Me estaban afilando.”

GREG KEOUGH

Greg Keough lleva treinta años casado,
es padre de cinco, y vive en El Salvador.

MÁS VAQUEROS. MENOS BURÓCRATAS.

WWW.ELVAQUEROENTI.COM

KEOUGH HOUSE